

hoy escribe

Pablo Sorozabal (*)

zelatan

Buenaventura

Buenaventura Durruti, el gran luchador proletario, murió de un balazo en el pecho el 20 de noviembre de 1937 mientras inspeccionaba una posición de avanzada del frente madrileño, en el sector donde operaba la columna que llevaba su nombre. Celebramos, así pues, el cincuenta aniversario de su muerte.

Celebramos, digo, o al menos humildemente lo celebro yo, pues en este mes de noviembre de 1987 yo no he visto por ahí celebración alguna (espero y deseo que sí la haya habido y que a mí se me haya escapado), el cincuentenario de la muerte de un hombre excepcional, de un auténtico y verdadero héroe popular en el más hondo y completo sentido de los términos *héroe* y *popular* (pienso que no está mal el afirmar y recalcar esto precisamente hoy, cuando algunos desgraciados comparan al *Che* con *Rambo* y cuando justamente Durruti y el *Che* —matices ideológicos aparte, aunque importantes— compartían lo más esencial: el espíritu revolucionario).

Digo que celebro la muerte, y digo mal, que no es la muerte sino la vida de Buenaventura Durruti lo que quiero celebrar. Una vida intensa, humanísima y modelicamente revolucionaria. Una vida de una estética densa y límpida, compleja y sencilla a un tiempo. Una estética que, por muy risible que a algunos pueda parecerles lo que voy a decir, a mí se me antoja mozartiana. ¡Que se rían los que no saben ver la trágica *lucha* que impregna la armonía universal del mensaje que el salzbургués encerró —como un náufrago en una botella que lanza al mar— en su música, y los que no saben ver la *armonía universal* que encierra la *lucha revolucionaria* del obrero leonés!

Toda vida humana tiene una estética. ¿Acaso la estética de los *yuppies* del PSOE y los *yuppies* de la «oposición» no produce asco? Buenaventura Durruti encarna la estética más diametralmente opuesta a la de toda esa «posmodernidad» que nos vampiriza, la de los *yuppies* y las *opas* y los rambianos «nuevos filósofos» y los democráticos oii-

garcas de siempre (¿no han observado ustedes, por cierto, la jeta de gangsters de Chicago que tienen todos ellos?). Buenaventura encarna la estética de la solidaridad proletaria, una activa, revolucionaria solidaridad inscrita en el frontispicio del término *combate*. Pero no —claro está— de un combate *por sí mismo, porque sí* (*fight for fight's sake*, como diría con precisión la lengua inglesa), es decir: no, en absoluto, ese señoril y fascista *vivere pericolosamente*, no esa machista y grotesca retórica mussoliniana de los «*cojones cuadrados*», sino del combate cuya única razón y fuerza es la fuerza y la razón de los oprimidos y explotados en sus ansias de instaurar un orden social justo, condición necesaria y previa al logro de la libertad.

La categoría intelectual y humana de Durruti queda cumplidamente ilustrada por la siguiente anécdota del año 1934. Buenaventura no tenía trabajo —boicoteado como estaba por los empresarios— y era su mujer, Mimi, quien, empleada como taquillera en un cine, sostenía la casa y la familia: «Durruti se esforzaba para cuidar a la chiquilla y atender el aseo y los menesteres del hogar. Pero como su casa era visitada constantemente, no era extraño verle con mandil puesto ocupado en la cocina o bañando a Colette mientras con su voz profunda le cantaba alguna canción infantil o estribillos de canciones revolucionarias. Los compañeros que frecuentaban la casa, al contemplar las tareas que efectuaba Durruti le preguntaban si es que Mimi estaba enferma. El los miraba socarronamente y respondía: 'Cuando la mujer trabaja y el hombre no, la mujer en casa es el hombre. ¿Cuándo terminaráis de pensar, como los burgueses, que la mujer es la doméstica del hombre? Ya está bien que la sociedad esté dividida en clases. ¡No hagamos nosotros aún más clases estableciendo diferencias en nuestras casas entre el hombre y la mujer!'» (cf. *Durruti. El proletariado en armas*. Abel Paz. *Bruguera*, 1978).

La muerte de Durruti fue «accidental» (aunque el término «accidental», en una situa-

ción como la que Durruti estaba viviendo el 19 de noviembre de 1937, cuando recibió el balazo, pierde casi todo su sentido). Tanto si se le disparó fortuitamente el «naranjero» al descender del coche o si el mortal disparo partió de una de las ventanas del Hospital Clínico, en aquel instante ocupado por las fuerzas de choque marroquíes, o de un chalié aledaño (hay todas estas versiones), Buenaventura Durruti murió en la lucha, a consecuencia de la lucha (capítulo aparte es el tratamiento médico que recibió, cuyo dictamen es contradictorio, quedando abierta, por tanto, la cuestión de si podría haber salvado la vida en caso de haberse procedido a una inmediata intervención quirúrgica).

Abel Paz, biógrafo de Durruti, ha escrito una obra admirable por muchos conceptos, pero lastrada de excesivo doctrinarismo y ortodoxia anarquistas, así como de un antimarxismo muy deplorable. Adversario como soy de todo doctrinarismo y ortodoxia —incluidos los marxistas, *pese a, o, prefiero* decir, *porque me reclamo del marxismo*—, y profundo admirador como soy del anarquismo como corpus de ideas revolucionarias y de muchos anarquistas por su admirable praxis revolucionaria— creo poder decir que de *las propias páginas* de la biografía de Durruti y a pesar de los constantes esfuerzos de Abel Paz por desmentirlo, se infiere una evolución ideológica de Durruti, el año 1937, en plena *lucha* en el frente madrileño, que le lleva a un acercamiento hacia el bolchevismo. A mí esto me parece de capital importancia, porque pienso que unos y otros —anarquistas y comunistas— cometieron errores en aquellos duros tiempos. Que unos y otros ejerzamos la autocritica y hagamos el esfuerzo de converger en todo lo que nos une —que es mucho y esencial—, constituye, hoy como ayer, el único camino para el logro de la revolución y edificación de la sociedad que soñamos en común.

(*) Música. Escritor

Tarta zatiketei ez

Orain dela hamaika urte Yukatan ezagutzeko parada izan nuen. Eta kolonialistek «Mérida» bataiatutako hiriburuaren egon nintzen (gero jakin nuen Maya-keraz «Tho» zela hura). Uxmal, Chichén-Itzá, eta gainerako zoragarrietara joateko, hantxe hautatu genuen geure irteguia; eta Mayatar gazte bat izan genuen gidari. Mayatarrek, hitz batez, espainiar imperialismoak osoki eta mendetan barrena zafrutuak izan ondoren, zatituta bizi direla ikasi nuen: batzu México, beste batzu Guatemalan. Eta denetan morroi eta jopu, jakina.

Ez Mayatarrek bakarrik, geroago ikasi nuen; Amerika europarren kolonialismoaren paradisia izan baita... Horregatik ospatu nahi dute batzuk, azkeneko lotsa izpiak galduta, masakrearen V. Mendeurren lotsagarria!

Datu bakar batzu. Darcy Ribeiro brasildar etnologikariak frogatu duenez, espainiarrek Ameriketara helztzean, 80 bat miloi indio bizi ziren. Handik mende t'erdia, 1650 irian, 3,5 miloi besterik ez zegoen...

Bide beretik portugesek Ekialdean: XVI mendean Tupi-erá zen «a lingua geral brasileira». Gaur egun, hogei bat tributan sakabanaturik, 12.000 Tupitar baizik ez dago Brasilen...

Horrela «zibilizatu» baitzen Amerika, eta ez bestela.

Ameriketako Estatuak oro eta mugak oro, horrela, sarraskiaren eta lapurretaren ondorio besterik ez dira. Eta indioei autodeterminazio eskubidea eman arte, kolonialismoaren zapalketa egongo da zutik.

Zergatik dago Petén mayafarra Guatemalan, eta Chiapas mayatarra México? Zergatik batez ere 1922ko plebiszituan Petén-go Mayatarrek Chiapaskoekin Méxicora biltzea erabaki ondoren?...

TXILLARDEGI

cartas

Para acabar con la Barbarie

(Pedro Altares, «Colpisa», 12-12-87)

El impacto del coche-bomba no ha alcanzado únicamente a las víctimas. Va a tener su repercusión en las cárceles, en Argelia, y, por supuesto, en toda Europa. Lo veremos en los próximos días. Se hace necesario, por tanto, hacer una llamada a la serenidad de los poderes públicos y muy especialmente al Gobierno. El camino emprendido por éste no puede ser abandonado en ninguno de sus frentes: ni en el diálogo, con los que quieran dialogar, ni el de la reinserción social para los terroristas no implicados en delitos de sangre, ni en la modificación de la legislación antiterrorista, ni —por supuesto— en la labor policial. Como tampoco retroceder en el campo político de las conversaciones para la paz que lleva el lehendakari Ardanza entre las fuerzas democráticas vascas. No existe otro camino.

Después de la matanza

(«El País», 12-12-87)

(...)Pero, en esto, los que manipulan los coches bomba no se encuentran solos. Las discusiones doctrinales que están retrasando la conclusión del pacto vasco contra el terrorismo resultan irreales a la luz

de esta matanza y del atentado de Basauri.

Si la agonía de ETA se está prolongando más allá de todo cálculo razonable, sembrando el dolor por doquier, se debe en gran parte al hecho de que permanentemente se le proporcionan esperanzas de estar cumpliendo una ineludible misión: la de poner de relieve con su desmesura y su crueldad que el marco de convivencia definido por el Estatuto de Gernika no satisface las aspiraciones de autogobierno. Cuando de manera sistemática se desacredita y se pone en cuestión ese marco por parte de quienes más obligados estarían a defenderlo, nadie habría de extrañarse de que unos adolescentes que eran niños cuando murió Franco tomen por consigna de acción los discursos que hablan de «degeneración de la autonomía», de «sentimiento de frustración por la falta de desarrollo del estatuto», de la necesidad de cambiar de carril para emprender otro camino diferente al legítimamente democráticamente por los ciudadanos.

Diagnóstico errado

(Vicente Copa, «El Correo Español», 12-12-87)

La acumulación de enormidades criminales como la de ayer en Zaragoza obliga a dos afirmaciones fundamentales. La primera, que los nacionalistas vascos no pueden aspirar ya a que su diagnóstico sobre ETA prime sobre el de los demás

partidos políticos. La segunda, que persistir en tratar el fenómeno terrorista desde supuestos políticos o de desarrollo estatutario conlleva un interés bastardo, inadmisibles y reprochable. Se impone, por lo tanto, establecer un abismo con ETA. Y al margen y después, hablar de lo que se quiera.

Demasiados coletazos

(«ABC», 12-12-87)

El atentado de ayer, por su trazado y ejecución, llama a la repugnancia. Pero hay reacciones oifi-

ciales que despiertan la preocupación. «No habrá contactos si siguen los asesinatos», dice equivocadamente una alta personalidad. «Son los últimos coletazos de ETA acorralada», añade rutinariamente otro portavoz del poder...

A esta nube de desinformación hay que añadir el tono dulzón, lacrimoso, alibarado, de tantos comentarios radiofónicos o impresos. Estamos, triste es decirlo, ante una sociedad desorientada, sin criterios, frecuentemente engañada por sus dirigentes. Muchos medios se limitan a hacer frases de trivialidad arrasadora ante la realidad palpable

de los muertos. Pedimos un poco más de competencia al Gobierno en la defensa de la seguridad nacional; pero entretanto pedimos un poco de circunspección, de silencio y de respeto hacia las víctimas. Se diría que nos hemos convertido en un país de orates que responde a la realidad de la sangre inocente con algunas elegías edulcoradas, con fórmulas tratadas con sacarina. Hay que cambiar de respuesta y de actitud: ésta es una durísima lucha que exige un nuevo y riguroso proyecto de respuesta, apoyado sólo en la ley, en la frialdad y el silencio.

